

Cómo nace la competencia internacional

por Alain Bih^r*

De la idea primitiva de que la riqueza se reduce a la acumulación monetaria, el mercantilismo pasó a promover el desarrollo del comercio. Concibiendo tempranamente el mercado mundial como un choque de Estados-Naciones por el reparto de la riqueza, su principal preocupación devino la sustracción de beneficios en el extranjero para asegurar una balanza comercial excedentaria.

El mercantilismo, política económica modelo de la temprana edad del capitalismo, se presenta por lo general como una doctrina económica según la cual los metales preciosos constituyen la principal riqueza de los Estados. Pero esta definición invita a dos lecturas diferentes. Por un lado, puede entenderse como la expresión del carácter absolutista de los Estados que se erigieron durante los siglos XVI y XVII en Europa Occidental, y que pretendían afirmar su soberanía en los ámbitos económico, jurídico, diplomático y militar. Por lo tanto, se trataría de economía política al mismo tiempo que de política económica del absolutismo. Por otra parte, también puede interpretarse como la expresión, dentro de esos mismos Estados, del creciente predominio de los intereses económicos capitalistas. Primero del capital mercantil, pero asimismo del capital industrial.

De hecho, el mercantilismo ha sido ambas cosas. De manera simultánea se propuso fortalecer el poder del príncipe (que es en esencia de naturaleza militar, y por lo tanto presupone un Tesoro Público abastecido sustancial y constantemente) y satisfacer los intereses de los empresarios capitalistas. Porque es a partir del desarrollo del comercio (en particular del comercio exterior) que el primero podrá obtener la mayor parte de sus recursos; y es el propio comercio el que debe poder contar con una agricultura próspera, así como con una industria extensiva y dinámica. Incluso en este sentido, el mercantilismo expresa la amplia convergencia de intereses entre los soberanos modernos y los capitalistas, una de las características fundamentales de los Estados “nacionales”. El mercantilismo realiza y al mismo tiempo teoriza esta convergencia de intereses, y lo hace sobre la base y dentro del marco geopolítico de la expansión comercial y colonial fuera de Europa, dando lugar a una permanente y creciente rivalidad (económica y política, comercial y militar) entre las potencias europeas. Esto no excluye, sin embargo, algunas divergencias, incluso enfrentamientos, entre los intereses del príncipe y los de los capitalistas, sobre todo porque estos últimos están en manifiesta contradicción con los de la aristocracia terrateniente, a la que estos mismos Estados también representan y defienden.

La guerra perpetua

El propósito principal de cualquier política económica inspirada en el mercantilismo será obtener oro y plata, tanto para llenar las arcas del Estado como para aprovisionar los bolsillos de la burguesía mercantil (la principal fuente de fondos del príncipe) y, en términos más generales, para asegurarse los medios de circulación que requiere la marcha del comercio en la cantidad y calidad necesarias.

Pero a menos que un Estado disponga de minas que produzcan metales monetarios (plata y oro) –lo que sólo es el caso,



Paula Valenzuela, *Le decian el cuadro infinito*, 2016 (www.paulavalenzuela.com)

durante los tiempos modernos, de España y Portugal (a través de sus colonias americanas) y, en mucha menor medida, de Austria y de algunos principados alemanes–, un Estado no puede garantizarse ingresos regulares de dinero si no opera una transferencia de valor en detrimento de países extranjeros. Esto únicamente puede lograrse a través de dos medios opuestos y complementarios, ambos defendidos por los mercantilistas: el pillaje y el comercio exterior.

Es evidente que, en el contexto de la colonización, el saqueo se produce en primer lugar en perjuicio de los pueblos no europeos (americanos, africanos, asiáticos), de manera abierta o bajo la apariencia del comercio forzado y mediante trabajo impuesto. Pero también implicará el pillaje de los competidores europeos tan pronto como se conviertan en enemigos, lo que sucede a menudo en el curso de un período marcado por enfrentamientos recurrentes entre Estados.

Así, Inglaterra y Francia, los dos principales Estados mercantilistas, fueron también los que con mayor frecuencia recurrieron a la guerra de corsos, manteniendo ambos verdaderos puertos corsarios (Dunkerque y Saint-Malo por el lado francés, Bristol, Plymouth y Guernesey por el lado inglés), cuyas naves podían atacar el comercio marítimo intra-europeo (en el Mar del Norte, el Canal de la Mancha, el Atlántico cercano y el Mar Mediterráneo) o lanzar expediciones más allá de las Antillas y las Américas. La contribución de los corsos al enriquecimiento “nacional” no se puede pasar por alto cuando sabemos que, sólo durante la guerra de la Liga de Augsburgo (1688-1697), que opuso la Francia de Luis XIV a una vasta coalición europea, los corsarios de Saint-Malo hicieron 1.283 capturas y los de Dunkerque 2.269, en detrimento de holandeses, ingleses y españoles, mientras que los ingleses, por su parte, realizaron 630 capturas en detrimento de los franceses (1). Y durante la Guerra de Sucesión de España (1701-1713), los corsarios franceses realizaron 4.543 capturas, ¡para disgusto de sus enemigos! (2).

Sin embargo, los mercantilistas cuentan sobre todo con el comercio exterior: se trata de vender en el extranjero más de lo

que se compra, con el propósito de acumular riqueza monetaria en casa. De ahí que su preocupación primordial es esforzarse al máximo para que sea lo más excedentaria posible: promover las exportaciones mediante subvenciones y reducir los derechos que se les aplican; frenar las importaciones prohibiéndolas (en especial cuando son improductivas, como cuando se trata de artículos de lujo) o restringiéndolas a lo estrictamente necesario y gravándolas fuertemente (lo que además garantiza ingresos fiscales); asegurar el monopolio del comercio colonial y del comercio exterior; especializarse en las producciones y los productos de mayor valor agregado; obligar a los comerciantes “nacionales” que operan en el extranjero a repatriar todos, o al menos la mayor parte, de sus beneficios en forma de dinero en efectivo y, a la inversa, prohibir a los comerciantes extranjeros que operan en su país que hagan lo mismo, obligándolos a canjear sus ganancias por bienes “nacionales”, etc. Revisando esta lista de medidas podemos ver cómo, para los mercantilistas, el desafío consiste en sustraer la máxima cantidad de riqueza en el extranjero para aumentar así la riqueza “nacional”. Como escribió Colbert, ministro de Luis XIV, “el comercio es una guerra perpetua y pacífica de espíritu e industria entre todas las naciones” (3).

Dinamizar la economía

Pero esta misma preocupación por asegurar una balanza comercial excedentaria, para así drenar la moneda hacia el reino y aumentar su Tesoro, también los llevará a recomendar toda una serie de medidas destinadas a asegurar el desarrollo del capital industrial. Porque para limitar las importaciones e impulsar las exportaciones, lo mejor es confiar en la competitividad de los productos agrícolas e industriales “nacionales” (en su mejor calidad y más bajo precio y, por lo tanto, en sus menores costos de producción) antes que en las legislaciones proteccionistas (cuyo ámbito de aplicación sigue siendo limitado y no exento de efectos perversos) o en las empresas militares, que siempre son arriesgadas y costosas. Partiendo de la idea de que el comercio exterior es la principal fuente posi-

ble de enriquecimiento, algunos mercantilistas llegan a la conclusión de que en realidad son las capacidades productivas de una “nación” las que garantizan su prosperidad, y en consecuencia hay que asegurar que se desarrollen por encima de todo, de forma extensiva (a través del crecimiento demográfico, el cultivo de nuevas tierras, la creación de nuevas manufacturas y fábricas, el aumento de la duración e intensidad del trabajo, la lucha contra la mendicidad y el vagabundeo, etc.), así como de forma intensiva (mejorando la fertilidad del suelo, el uso intensivo de los materiales de trabajo disponibles, los avances en los medios mecánicos de trabajo, la formación de una mano de obra calificada para aumentar la productividad laboral, etc.), además de protegerlas de la competencia extranjera mediante una serie de medidas, ya enumeradas, destinadas a hacer que la balanza comercial sea lo más positiva posible. Un mercantilismo consecuente se convierte así en productivismo: exalta el espíritu de empresa, atacando todas las formas de ociosidad, tanto nobiliaria como popular.

Y en estas condiciones, los mercantilistas también se ven llevados a establecer que, para estimular la producción “nacional” de esta manera, hay que estimular también el comercio interior, liberándolo de todos sus obstáculos, y para ello poner en circulación el dinero, gastarlo y adelantar (invertirlo) en lugar de mantenerlo estéril (almacenarlo). Y, siempre con ese fin, promover el desarrollo de las actividades de crédito comercial y bancario –así como mejorar los medios de comunicación y transporte–. De una concepción estática de la economía pasan entonces a una concepción dinámica, la de un flujo de riquezas (mercantiles y monetarias) capaz de generar aún más riqueza, flujo cuyo elemento motor es la circulación monetaria.

Así, a partir de la idea primitiva de que la riqueza se reduce a la acumulación monetaria, de manera gradual el mercantilismo ha llegado a promover el desarrollo del comercio, tanto interior como exterior, el único medio del que puede resultar dicha acumulación y, en definitiva, a centrarse en las condiciones productivas que permiten que el comercio sea más rentable para unos que para otros. Aunque en definitiva esto fuera a costa de una cierta incoherencia, ello facilitaría las críticas posteriores de los liberales que siguieron a Adam Smith.

En resumen, la gran originalidad del mercantilismo en tanto doctrina económica residió en el hecho de que desde el principio razonaba en términos de economía “nacional” (la Nación es su unidad de referencia, no el individuo, como considera el liberalismo) y de choques entre Estados-Naciones en proceso de formación para el reparto del mercado mundial. En tanto política económica, su claro objetivo ha sido reunir y desarrollar todas las condiciones que permitan a la Nación conquistar, perfeccionar o defender, según sea el caso, las mejores posiciones posibles en la competencia “internacional”. ■

1. Philippe Norel, *L'Invention du marché. Une histoire économique de la mondialisation*, Seuil, París, 2004.

2. Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme XVIe-XVIIIe siècle*, tomo 3, Armand Colin, París, 1979.

3. Citado por Edmund Silberner, *La Guerre dans la pensée économique du XVIe au XVIIIe siècle*, Sirey, París, 1939.

*Profesor honorario de Sociología en la Universidad de Franche-Comté. Este texto está extraído de su libro *Le Premier Âge du capitalisme (1415-1763)*. Tome 2: *La marche de l'Europe occidentale vers le capitalisme*, Éditions Page 2 - Éditions Syllepse, Lausana-París.